



Es una verdad de Perogrullo aquella idea de que las experiencias humanas están condenadas, casi en su totalidad, al olvido. Con todo, ese destino se antoja especialmente paradójico en el caso de los viajes familiares de turismo: ellos, por los grandes costos y enormes esfuerzos que los hacen posibles, aspiran a ser, precisamente, inversiones a cambio de recuerdos perdurables. Por fortuna, su fracaso último no solo resulta significativo, sino, con toda legitimidad, entrañable.

Mi primer viaje —lo que se dice un *viaje*— lo hice pocos días antes de ajustar ocho años, la primera semana de 1982. Se acababa de cumplir el primer aniversario de la muerte de mi padre, y quizá como una manera de formalizar el fin del luto, mi madre se asoció con la tía Genia para organizar la excursión. Otro tío, Iván, acababa de recibirse de bachiller a una edad de borrico —los veinte años—, y mi abuelo, exultante ante el prodigio, se ofreció a costear sus gastos y sumarlo a la nómina de los viajeros. Así, a las diez u once de la mañana del 4 de enero partimos de Bello en el Renault 12 que manejaba Chocho, el esposo de Genia, quien a su vez era el copiloto, y en el que, además de mi madre y yo, iban Mono —mi hermano segundón— y Juan Esteban, mi primo de cuatro años. No podría precisar si ese mismo día o al siguiente, Iván y Martha —mi hermana mayor— salieron en avión y llegaron al aeropuerto de Crespo sin ninguna magulladura.

Recuerdo muy poco del largo viaje de doce horas hasta la Heroica: treinta y tantos años después, con esfuerzo, creo ver a Chocho acelerando el Renault con el propósito de golpear, con absoluto dolo, a un gallinazo que alzaba el vuelo desde la mitad de la vía, en alguna de las infinitas rectas que cruzan las tierras de Córdoba y Sucre. Asimismo, recuerdo estar asomado a la ventanilla contemplando la torre de control del pequeño aeropuerto de El Carmen de Bolívar, surgida espontáneamente, como la cúpula de un templo maléfico, entre los espesos vapores del trópico. La verdad fue que desde antes de partir, y casi hasta las goteras de Cartagena, estuve obnubilado por

las imágenes dantescas que me hice de la subida al alto de Matasanos, un hito del camino que los mismos adultos parecían creer infranqueable —hablaban de los precipicios como si su fondo fuera imantado— y que, según decían, estaba coronado por un toro furibundo e indomable que bebía cerveza y que yo no vi jamás, y del cual vine a hacerme una idea amable solo veinte años después, cuando, en un cuento de João Guimarães Rosa, tuve noticia de un caballo que tenía las mismas preferencias etílicas. Sabedor de que habíamos sobrevivido en la ida, no podía borrar de la cabeza la amenaza del regreso, con un nuevo paso a la vera de aquel desfiladero feroz. Hay, de todos modos, un recuerdo agónico y por completo paradójico de la ida: recuerdo haberme dormido en Turbaco. Me sacaron del sueño —supongo que media hora después— para anunciarme que habíamos llegado a Cartagena. Vi un poste de luz sobre una avenida tan amplia como las de Medellín, al mismo tiempo que oí a mi madre decir alguna cosa sobre unos zapatos. Pero, sobre todo, en ese momento noté, en lo más negro de la noche, que el mar no estaba por ningún lado. Primero no estaba el mar.

El mar. Yo podría, al menos en lo que respecta a ese viaje iniciático —o, mejor, a lo que mi memoria guardó de él—, invocar los lamentos poéticos de León de Greiff y erigirlos como mi divisa: “Mis ojos acerados de viking, oteantes; / mis ojos vagabundos / no han visto el mar...”. Es la verdad: de ese viaje, como no sea en un recuerdo vergonzante del que apenas cabe hablar, no me quedó ninguna imagen del mar. Cuando creo verlo, como una gran masa verde y opaca, descubro también que sobre ella corre un niño; un niño congelado en un gesto de torpeza, que lleva los carrillos inflados y que tiene un tronco de pelo empapado pegado a la frente; un niño que solo puedo ser yo, con la forzosa conclusión de que lo que recuerdo es apenas una de las fotografías del viaje, clásica ya entre las páginas



Castillo de San Felipe de Barajas

del álbum familiar. En mi memoria, el descubrimiento del mar está formalmente registrado doce años después, cuando lo vi aparecer como una cordillera humeante y de color turquesa desde la ventanilla de un bus en el que viajaba con otro tío —Iván murió baleado seis años después del paseo a Cartagena—, al otro lado de un recodo de la carretera que lleva de Lorica a Coveñas.

Nos hospedamos en el hotel El Dorado, no recuerdo en qué piso. En los muchos años que han seguido, en noches desperdigadas, he soñado que estamos de nuevo en ese hotel. En una de esas fantasías, Mono y yo caminábamos por un corredor sin barandas que era, me parece, el tercer piso, y abríamos una puerta —a esa altura del sueño, una puerta de hospital— que como por arte de magia nos llevaba a la trastienda del edificio, sobre una calle oscura; en otra, estábamos en la azotea y subíamos a un ascensor en forma de jaula, atestado de gente, que nos llevaba no sé adónde; otra vez, el hotel quedaba junto a un parquecito con árboles bajos y de un verde rutilante, y estaba situado en una pequeña hondonada de montaña. Como en todos los sueños, he buscado en ese puñado de visiones lo

irrecuperable. ¿Cómo era El Dorado? Lo he olvidado. Cuando más me esfuerzo por recordarlo, me parece ver una mole blanca con balcones pintados de ocre, pero muy pronto descubro que se trata del edificio La Palma, uno de los primeros que se alzó en Belén, mi barrio de infancia en Medellín. Quizá la única prenda que me quedó del hospedaje cartagenero fue un color: un verde aceitunado que, casi estoy seguro, era el color de los muebles o de las colchonetas de nuestra habitación, cualquiera fuera el piso en que se encontrara.

Salíamos al mar por una puerta de la parte de atrás del hotel, y entrábamos a la Cartagena urbana por el otro lado. En esas avenidas comerciales, lo más particular —algo realmente inaudito, a mi precocísimo juicio— era que algunos comercios ostentaban sus rótulos en inglés, lo que hacía que nosotros, insalvablemente provincianos, nos alejáramos de ellos como si con solo asomarnos a sus puertas corriéramos un riesgo incalculable. Muchas veces fuimos a comer al restaurante Las Hormigas, en cuyas columnas de madera había unos himenópteros gigantes de icopor tela, por supuesto hormigas, pero también abejas o avispas (¿o ahora me parece que había abejas y avispas solo porque sé que ellas, como las hormigas, también son himenópteros?). También es muy proustiano mi recuerdo de ese sitio, aunque no se trata de la reminiscencia de un olor ni, tampoco, del recuerdo de un color, como en el hotel: entonces lo que ocupa mi cabeza son dos palabras en la voz vibrátil de mi madre, de la misma manera que había sonado el galimatías sobre los zapatos asociado a la noche de la llegada: “pargo rojo”. Ella dice “pargo rojo” todo el tiempo y le confiere a esa fórmula un sentido de excepcionalidad que todavía opera en mi cabeza y que, supongo, me ha puesto en indefensión todas las veces en que, desde entonces, he tenido que pagar un precio exorbitante por un plato como ese. No sé por qué razón, algún día, Iván y Chocho se rebelaron contra la rutina que habían impuesto las matronas y fueron a almorzar a otro sitio. Guardo nítida la imagen de su regreso: en la misma calle, sobre un banco de concreto que hay frente a Las Hormigas, Iván desenvuelve un atado de servilletas del que emerge el espinazo mondo de un pescado larguísimo, sin duda el más grande que yo había visto hasta entonces. Chocho

habla del animal como si se tratara de un prodigio de la naturaleza y lo liga al apetito igualmente fabuloso de mi tío, y alguien más —aunque puede tratarse del mismo Chocho— dice que mide cincuenta centímetros. Desde entonces, la referencia ictiológica conforma mi sistema personal de pesos y medidas: cincuenta centímetros es el tamaño de un espinazo de pescado.

Uno de los hitos de la ruta turística fue el castillo de San Felipe de Barajas. Subimos a él por una amplia rampa, hasta una terraza en la que compramos algunos refrescos; el mío, creo, una naranjada. Luego seguimos al guía junto con otras personas que había allí, quizá pocas, lo cual de todos modos ya era demasiado para mi timidez ingénita. En algún momento, mi madre y Genia, junto con Juan Esteban, abandonaron el recorrido por los pasillos y volvieron a la terraza. Yo seguí con los demás hasta que el guía tomó por una gruta estrecha y oscura que bajaba pronunciadamente, y al cabo de la cual se iba a dar a las propias aguas del océano. La sola idea me pareció pavorosa —me convencí de que caerse al agua era tan posible como rodar por los precipicios de Matasanos—, y decidí abandonar la fila turística para volver junto a mi madre, acomodada sin angustias en una mesa de la tienda de los refrescos. Casi diría que, al salir del estrecho pasillo, escuché el hambriento reclamo de las olas al chocar contra los muros sanguinosos de las mazmorras del castillo, pero me detiene la sospecha escrupulosa de que todo ese recuerdo no sea más que una sugestión estimulada por las palabras del guía. Él habrá advertido, simplemente, que si se ponía atención podía oírse el batir de las aguas sobre las piedras de la fortaleza; el miedo que yo sentía hizo el resto, y no descarto que, años después, la lectura de un par de novelas históricas de Germán Espinosa haya metido baza en la composición de una imagen a todas luces romántica.

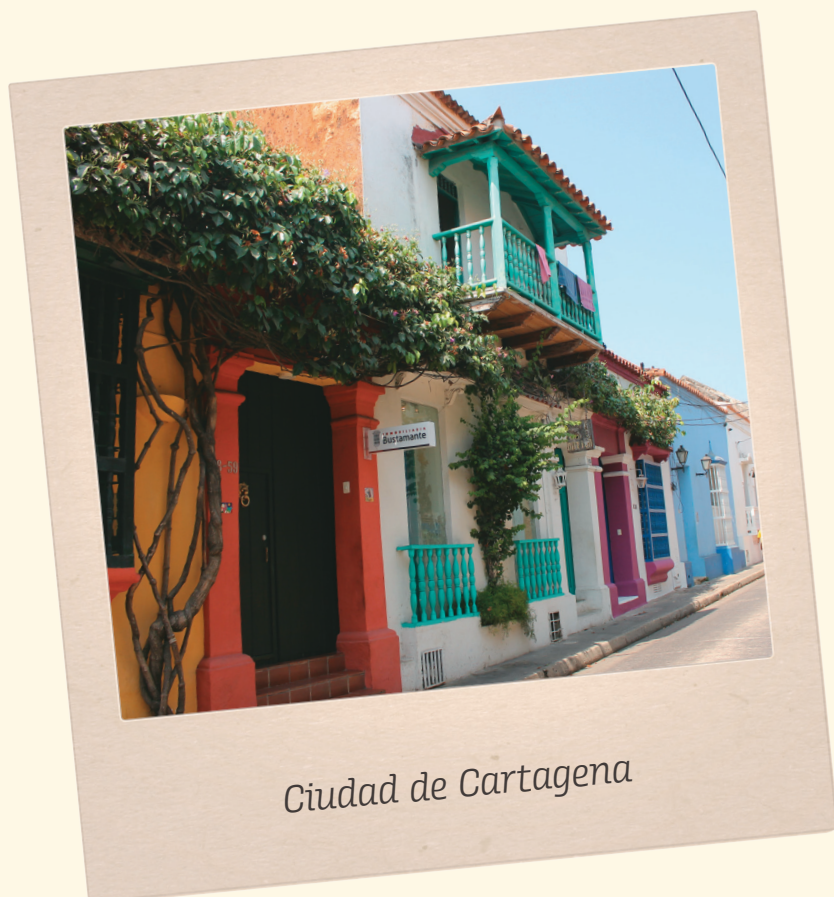
También fuimos al fuerte de San Fernando de Bocachica, en la isla de Tierrabomba. Por supuesto, en enero de 1982 yo no sabía que se trataba de una isla bautizada de esa manera, y si supe el nombre de la fortaleza fue solo porque mi madre nos lo dijo, apertrechada como estaba de datos históricos y geográficos que, supongo, el bachillerato que estaba validando no le proveía y que, en un



gesto de inconmensurable ternura, había estudiado quién sabe dónde, solo con la idea de hacer más practicable la carta de navegación del viaje. Así que ninguna etiqueta de Tierrabomba turbó mi cabeza, por lo demás suficientemente obnubilada con la sensación de estar a bordo de un yate, El Alcatraz, el primer barco al que me subí en la vida. De hecho, debo confesar que ni siquiera recuerdo esa sensación, pues mi memoria quedó golpeada por el recuerdo poderoso de un nombre ligado a una experiencia iniciática y solemne como navegar en el mar, no importa si por las aguas bajas y dormidas de una bahía: El Alcatraz... El Alcatraz... El Alcatraz... Solo me ha quedado el nombre retumbando en mi cabeza en toda su desnudez lingüística, porque ni siquiera pude conservar la imagen de las letras pintadas sobre el casco del yate (qué prosaico me pareció, luego, que un presidio cinematográfico llevara el mismo nombre). Sé muy bien que la figura de Iván, vestido con una camiseta a rayas y tocado con una gorra con un logotipo de fábrica, recostado sobre la barandilla de cubierta, es otra de las trampas del álbum de mi madre. Incluso lo delata el que, en ese presunto recuerdo, Martha esté cerca de él, cuidadosamente maquillada y con un vestido azul de hombreras abombadas: es decir, tal como lucía cierta noche de marzo de 1985, en una foto de su fiesta de quince años que le tomaron al lado de mi tío; foto pegada en la página del álbum que seguía a la galería de Cartagena y que en mi cabeza ha terminado por invadir, como una metástasis, las figuras de esa aventura.

Por desgracia —aludí a ello desde el cuarto párrafo de esta crónica borrosa—, mi memoria está ligada al fuerte de Bocachica por una razón mucho menos solemne que una muralla para defenderse de las incursiones piratas o que un barco cruzando el azul líquido de la bahía. Este nuevo recuerdo es tan nítido como el de la exhibición del esqueleto del pez: Mono y yo estamos metidos en el mar y Genia, no lejos de nosotros,

sumergida hasta la cintura, carga a Juan Esteban y lo lleva por entre las aguas como si lo bautizara en el Jordán; entonces, ajeno a un cuadro tan espiritual —porque allí mi hermano y yo somos algo así como la alegoría de la fraternidad incorruptible—, llega hasta nosotros, en cansina flotación, un trozo tubular de excremento humano. El vaivén de las olas tanto lo aleja como lo acerca, pero con el paso de los segundos empieza a definirse lo segundo, hasta que nos vemos compelidos a salir del agua, hecha trizas la composición epifánica —como para inspiración del Botticelli de turno— que hasta entonces veníamos protagonizando. Ese es, fatalmente, mi único recuerdo real del mar en aquel viaje: un contorno verdoso surcado por aquella inmundicia, “derrotado navío” en palabras de León de Greiff. Es por eso que los ojos infecundos de mi memoria prefirieron no ver el mar y, casi, lo borraron de cuajo en el cuadro total del recuerdo viajero de 1982: no valía la pena incluir esa linfa contaminada, vertedero de los miasmas de nuestra biología —símbolo innegable de la imperfección moral de la especie—. Cuánto mejor no fue, en



últimas, la imagen que acabó erigiéndose en mi cabeza como la primera alusiva a la grandeza y majestad del mar: aquella inmensidad brumosa, de color azul de joya, que salió a recibirme cuando, doce años después, me acercaba a Coveñas en compañía del tío Tavo.

Me parece que el último día del tour, quizá la misma mañana de nuestra salida rumbo a Antioquia, pasamos por una suerte de glorieta en la que había dos zapatos gigantes de bronce. Era el monumento al famoso poema de Luis Carlos López, el modernista de Cartagena, y no hizo falta que me devanara los sesos para entender que era de eso de lo que mi madre conversaba en el preciso momento de mi despertar, la noche del arribo. Por lo visto, también sobre ese tema selecto había estudiado antes de partir de casa, pues mientras rodeábamos la glorieta exclamó con voz conmovida y un deje de erudición: “¡Ay! ¡El monumento a los zapatos viejos!”. Por supuesto, también es posible que en sus lejanos días de escuela hubiera tenido que aprenderse, verso a verso, el soneto que el Tuerto López dedicó a las miserias de su ciudad nativa, cuyo abolengo colonial se había desvanecido en 1920 al punto de merecer ser comparada con esos zapatos viejos a los que se tiene afecto solo en virtud de su “rancio desaliño”. Eso es lo último que recuerdo haber visto y oído en Cartagena, adonde —ya es hora de que lo sepa el lector— jamás he vuelto. Supongo que, cuando me correspondió el turno de memorizar el soneto para recitarlo ante mis compañeros del Instituto San Carlos, muchos de los fulgores de Cartagena que todavía atesoraba mi memoria se apagaron definitivamente y cedieron el paso a las imágenes cifradas en las palabras del Tuerto. Dicho con mayor sugestión literaria: las murallas y la rada de mi cabeza fueron invadidas por carabelas ajenas.

El viaje de regreso está dominado por una imagen colorida. Estamos en un bohío gigantesco en San Jacinto, a la vera de la carretera; venden allí hamacas y sombreros, además de mil cosas tejidas y trenzadas en colores de guacamayo. Estoy parado junto a mi madre, empeñado en sostener una rabieta de chantajista para obligarla a que me compre una gorra roja coronada por el logotipo de Varig, la aerolínea brasileña que por entonces

no conocía. Al final gano y me llevo a casa una prenda que nunca habré de usar. Poco después, supongo, pasamos junto al aeropuerto del Carmen de Bolívar, y es entonces que avisto la torre de control; solo puede ser de esa manera, pues la estampa mental que he atesorado desde hace treinta y seis años deja ver la torre bajo la luz diurna, mientras que a la ida tuvimos que pasar por allí, necesariamente, en plena noche, no antes de las ocho. Pero mi memoria, tan terca como lo fui yo mismo en el mercado artesanal de San Jacinto, se ha empeñado en recortar esa imagen y pegarla en la ruta del viaje de ida, inmediatamente después de la carrera desenfundada de Chocho en pos del gallinazo. No recuerdo más. Según supe después, cuando me despertaron apenas el Renault paró junto a la casa de mi abuelo, en Bello, todos los niños dormíamos como ángeles mientras Chocho desafiaba, de bajada, las curvas infernales de Matasanos y la furia del toro díscolo.

Esa Cartagena a retazos, tan derruida como la del poema de Luis Carlos López, es la única Cartagena que poseo. Su destino, en mi memoria, es venirse a pique todos los días; teja por teja, grano por grano. ■

Juan Carlos Orrego Arismendi (Colombia)
Profesor del Departamento de Antropología de la Universidad de Antioquia. Cuentista y ensayista. Ha publicado, entre otros, *Viaje a Perú* (2010), *La isla del gallo* (2013) y *Tumba de indio, Viajes por Ecuador y Colombia* (2016).

